

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

EL TEOCALLI DE LA SANGRE

Ó EL TRIUNFO DEL AMOR FIEL



MAUCCI H^{OS} MEXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

EL TEOCALLI DE LA SANGRE

ó

El Triunfo del Amor Filial

por

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

**Maucci Hermanos.—Primera del Relox, 1
1900**



El Teocalli de la Sangre



Hay una inmensa algazara en la ciudad de «Tenochtitlan»; la gente del pueblo corre dando saltos de alegría por los puentes y calzadas; en los canales hay miles de canoas, y entre la multitud de pobres, hombres y mujeres semi-desnudos ó apenas cubiertos con toscas mantas, se ven lucir los hermosos colores de los trajes de los nobles y las pieles y plumas de los guerreros. Estos marchan

abriéndose paso con mucho garbo y orgullo, seguidos por esclavos y servidores.

¿A dónde va toda esa gente?

¿Por qué tanta alegría?

¿Qué pasa en la ciudad de México?

Voy á satisfacer vuestra curiosidad.

Porque el rey «Moctezuma» acababa de llegar victorioso de la campaña contra los «zapotecas» del valle de «Oaxaca», trayendo veinte mil prisioneros de aquellas lejanas regiones.

Después de muchos meses logró vencer, y se trajo prisioneros á los habitantes de las ciudades. Estos prisioneros los iba á mandar sacrificar en el «Teocalli» de «Huitzilopochtli», que era el templo mayor de México, que era inmenso y se estaba acabando de construir.

Los ejércitos habían llegado el día anterior á México, ante la admiración y el



entusiasmo del pueblo, de los ancianos y de las mujeres.

*
* *

Por eso aquel día «Tenochtitlán» era todo algazara, gritos de entusiasmo, cantos y danzas.

¡El gran «Moctezuma Ilhuicamina»,

traía la felicidad al reino; los almacenes del palacio se estaban llenando con los tesoros que había traído del Sur: hermosos y raros animales, pieles, frutas exquisitas bien conservadas, conchas y nácares, perlas, granos y polvo de oro y plata, ópalos, esmeraldas, armas de todas especies, y lindas y jóvenes doncellas que serían dedicadas al servicio del palacio.

El, para dar gracias á «Huitzilopochtli», porque le había dado tantos triunfos y por la ambición de emprender más campañas, iba á mandar sacrificar mil prisioneros, estrenando el «templo mamayor.»

*
* *

Mientras la ciudad de «Tenochtitlán» se entregaba á las danzas, los placeres y

regocijos; y mientras el rey «Moctezuma Ilhuicamina», gozaba en un banquete acompañado de sus príncipes y nobles guerreros, allá muy lejos, cerca de un bosque, al pie de un frondoso «ahuehuate», lloraban tristemente dos lindas jóvenes vestidas apenas con desgarrados y miserables «huipillis»; caían sobre sus espaldas sus sueltas cabelleras; sus cuerpos estaban enflaquecidos por el hambre y el cansancio; sus pies desnudos manaban sangre... alrededor en los campos todo era silencio y soledad.

—¿Qué hacemos, qué hacemos, hermana mía?—murmuró la más joven y más hermosa.

La más grande dejó de llorar, y respondió:

—Tú te aflijas por la vida de nuestro padre, y yo por la vida del adorable joven que iba á ser mi esposo; tú no tienes



razón, porque nuestro padre ya es anciano y ya debe morir, mientras que yo, ¿cómo voy á soportar el dolor de que maten al que me iba á hacer feliz?

—No seas ingrata, hermana mía, ¿cómo comparas la muerte del que nos dió el sér con la de ese joven?... ¡perezca

éste mil veces, antes de que los crueles mexicanos abran el pecho á nuestro anciano padre!

—Tonta, tú no sabes comprender la vida; yo acabo de tener una revelación que hará que se salven los dos: en ese charco de agua que está á mis pies acabo de verme... he visto que todavía mi cara es hermosa,... no, las princesas mexicanas, no han de tener ojos tan bellos como los míos, y sé que el rey, «Moctezuma» ama á las mujeres que tienen bellos ojos... espérame, voy á bajar hasta la laguna, pasaré el puente que da á la ciudad y me presentaré al rey.

—Desobedeces á nuestro padre si haces eso,—dijo la hermana más pequeña.

—No importa,—contestó la grande, y sin decir más se precipitó corriendo rumbo á la laguna, donde se alzaba la ciudad de «Tenochtitlán».

La pobre pequeñuela se quedó llorando solitaria..

Las dos eran hijas de un señor que tenía sus dominios en lo alto de una de las montañas de las sierras «mixtecas», en lo que ahora es el Estado de Oaxaca.

El anciano y sus vasallos, entre ellos el que iba á ser esposo de la hija mayor, salieron á pelear contra los aztecas, trabándose una batalla espantosa en los montes, en la que murieron centenares de hombres. Después de tres días de combates fueron hechos prisioneros el anciano y el joven.

Antes habían dejado ocultas dentro de una cueva á las hermosas doncellas, á las que aquél había dicho: ¡hijas mías, morid primero que pedir favor ó que solicitar perdón del cruel «Moctezuma»!

Lloraba inconsolable la pobre niña escuchando apenas el canto melancólico también de un «zentzontle»... de repente siente que una mano le toca en el hombro y una voz dulcísima le dice en su idioma:

—No llores, noble y valiente niña, vengo á salvarte.

Alzó ella la frente sorprendida y vió delante de sí una gallarda y hermosa mujer, tan majestuosa y vestida con un «huipilli» tan rico, con collares, pulseras y pendientes de oro y piedras preciosas, que parecía una reina.

Esta le dijo sonriendo con infinita dulzura y compasiva bondad:

—No temas, soy la princesa «Xiulantlin», hija de los genios de estos lagos; yo he protegido á «Moctezuma», pero como su ambición lo ha hecho cruel y va á manchar estos bellos lagos de mis pa-

dres, quiero que vayas á advertirle, que él y la ciudad azteca serán castigados si derraman sangre mañana en el «Teocalli» de «Huitzilopochtli», pero antes que todo, quiera ó no, te entregará á tu padre y al noble guerrero que iba á ser esposo de tu hermana; ésta por ingrata perecerá... ven conmigo...

Anduvieron por los campos hasta llegar á la orilla de un canal donde estaba una gran canoa, mandada por un viejo gigante, y que tenía por remeros dos enanos vestidos de garzas.

Remaron toda la noche los enanos, llevando en la canoa á la niña ya transformada, hasta que llegaron al día siguiente á «Tenochtitlán», donde los guerreros y el pueblo miraron con asombro aquel prodigio.

¿De qué reino vendrá esta bellísima princesa? se decían todos. Al momento

la hicieron entrar al palacio, llevándola hasta el salón donde estaba el trono de «Moctezuma.

Sin humillarse, al contrario, con altivez, la doncella le dijo:



—Victorioso Ilhuicamino, de orden de tu protectora «Xiulantlin», entrégame á mi padre y al guerrero «mixteca», que

van á sacrificar, y te aviso que serás castigado si se tiñe en sangre humana el gran templo que se acaba de construir.

—Lo único que puedo hacer es entregarte á tu padre y al joven «mixteca», y se alejó seguido de sus guerreros y sacerdotes para ir á ver los horribles sacrificios humanos...

Momentos después volvían en aquella misma canoa, hacia la «chinampa» de la princesa «Xuillantlin», la valiente doncella, su anciano padre que lloraba de alegría y el guerrero «mixteca» que miraba con profunda ternura á la joven.

—Señor, voy á haceros una confesión, —dijo el fiel vasallo,—á quien amo es á vuestra hija menor, que está presente.

—Será tu esposa,—contestó el anciano;—porque es digna de tí; que perezca mi hija mayor por desobediente y por haber faltado á la virtud y al honor que

le dije que tuviera siempre aún en la mayor desgracia.

.
Mientras llegaban á la lejana «chinampa» de «Xuilantlin», donde habían de ser felices los tres que iban en la misteriosa canoa, en el templo mayor de México se sacrificaban miles de infelices víctimas arrancándoles los corazones, haciendo correr ríos de sangre...

¡Pero qué tremendo castigo cayó sobre Moctezuma y la ciudad azteca! Una inundación terrible anegó casas y palacios; plazas y templos; la desolación y el hambre agobiaron millares de séres.

«Moctezuma» vió morir á las personas que más amaba, entre ellas, aquella ingrata hija del anciano «mixteca», á quien el rey protegía sin ver su mal corazón: ¡sólo el arrepentimiento y el pa-

triotismo que volvió á nacer en el pecho del monarca, hicieron volver á él y á la ciudad á su antiguo esplendor, en lo que le ayudó su amigo y aliado «Netzahualcoyotl», el gran poeta y rey de Texcoco!

Véase el hermoso é interesante, moral é histórico episodio siguiente:

LA MUERTE
DE LOS TIRANOS DE «ANAHUAC»

